

Fotografía: Alejandro Arteaga

Brevísima y veloz presentación del peatonauta

Ramón Castillo

DESPIDAMOS CON RESPETO AL *FLÂNEUR*. Salvo en las hojas de los libros, aquel caminante decimonónico ya no vive entre nosotros. ¿Qué sucedió con él? Se diluyó en la atmósfera enrarecida de nuestra ciudad. ¿La razón? No es una, son varias, pero la que me interesa es aquella que apunta a que la lectura de la epidermis citadina ha cambiado de ritmo. En lugar del sosegado recorrido que se realizaba sobre las anfractuosidades de la metrópoli, existe hoy un acto de naturaleza mutante, una revolución de velocidad que se ha tenido que adaptar a las líneas que delinear la estructura desaforada de la urbe.

El paseante, tal y como se entendía hace más de un siglo, se repliega para que cruce el panorama urbanístico una nueva figura. Si bien en su origen este protagonista tiene genes compartidos con el *flâneur*, ya no responde por completo al vetusto arte de callejear de la forma como lo practicaron nuestros mayores. El otrora paciente, dedicado, amoroso caminador que retratase Salvador Novo, entre otros, ya no existe, quizá ha muerto.

Su naturaleza es polimorfa y multívoca. El sentido es diverso tanto en él como en su vivencia de la ciudad. Su lógica obedece a un paso diferente, su andar es el mismo pero tiene algo novedoso que nos recuerda la navegación inverosímil, caótica, flexible y veloz de los medios electrónicos. Aspira el mismo aire, camina las mismas calles y, sin embargo, impulsa de manera distinta el motor de sus divagaciones.

Lo cierto es que el peatonauta se desmarca también del simple peatón. El segundo busca desplazarse de un punto a otro, se mueve por obligación, ya sea para ir al trabajo o a la escuela; mientras que el primero aprovecha toda oportunidad con el propósito de arrojarse a lo indeterminado. Sin duda, esto lo liga con sus antepasados más ilustres, no obstante, contar con características propias que le son únicas. No hay que olvidar sus diferencias, pero tampoco sus similitudes. El *flâneur* y él comparten un tronco genealógico: las hordas nómadas de aventureros.

La novísima estirpe del peatonauta no reduce sus movimientos al elemental paseo, en lugar de ello, se desliza por la urbe a velocidades dispares, inesperadas. Sigue siendo la locomoción natural su empuje diario, sin duda, pero el ritmo que imprime a cada zancada lo convierte en otra cosa, su actitud se delinea por circunstancias divergentes. En él confluyen ya otros recursos, distintas maneras de ver y comprender el mundo. Su existencia es un giro respecto al paseante de bulevares, el navegante urbano ahora se solaza tanto en carreteras de datos como en prolongados y serpenteantes caminos. Su espacio es la red y su hábitat las calles que transita.

La sentencia de vida de este investigador citadino se reduce al apotegma: caminar es escribir con todo el cuerpo. Con nuestro ser trazamos líneas sobre las

arrugadas páginas de la metrópoli. Ninguna escritura es por completo nueva y, aun así, la significación que este ejemplar de la fauna metropolitana le otorga obedece a un lenguaje inusitado en donde la rapidez no demerita la pasión por ella. La ciudad la escribimos recorriéndola diariamente, como ha sido desde su nacimiento, la única salvedad es que ahora los medios mediante los cuales la narramos son distintos.

El peatonauta recorre la ciudad con premura y atención. Los apocalípticos enemigos del silicio y las pantallas táctiles podrán pensar que su rapidez le impide el examen a profundidad sobre aquello que aprehende, pero no es así. Insisto, el ritmo es fondo y, todo, en el fondo, es ritmo. Su cadencia revolucionada no implica que el paseo que emprende sea menos fructífero, gratificante y veleidoso.

Su desplazamiento imita el vaivén acelerado de los dedos que se deslizan en la superficie del más reciente *gadget*. Ahí donde su interés se detiene amplifica, tuerce, señala, pellizca la realidad para extraer un trozo de la vivencia urbana, viralizarla y dejarla cobrar una consistencia distinta. Lleva el universo en la memoria RAM de sus aficiones.

Aun así, sabe que la indeterminación es el sino de la vida. No hace planes, no traza rutas, aunque verifique mapas; pregunta, inquiere, pero también se sumerge en los hallazgos inesperados de la web. Atrás quedó la calma asimilación de la ciudad; ahora la vivimos a velocidad *wi-fi*, la fotografiamos, la narramos tan rápido como podamos teclear por *Twitter* o *Facebook*. La excursión del peatonauta está marcada por la velocidad de su red de datos.

El compás de sus latidos emerge de su afición por perderse en páginas web. Los *hiperlinks* son túneles de gusano que horadan el tiempo y el espacio. A veces esas pistas lo arrojan a un nuevo sitio de pasmosa rareza; en otras ocasiones, su destino es la solitaria quietud de una calleja en el centro del Leviatán. El peatonauta realiza cruces históricos a través de tiempos dispersos

servido de las herramientas de las que dispone pero, sea mediante un libro o un dispositivo digital, la curiosidad sigue siendo su principal virtud. Textos, periódicos, imágenes y registros sonoros son el archivo electrónico y emotivo que lo conforma, la vivencia de la calle es la interfaz que le da sentido al conjunto.

A pesar de disponer de GPS, el buen peatonauta prefiere perderse, sabiendo que lo suyo, al igual que sus ancestros, es encantamiento y callejón sin salida. La ciudad asusta, intimida y golpea, sin duda, pero también trata bien a quienes desean conocerla. Su cariño es el de una *dominatrix*, acaricia y luego, cuando uno está confiado, suelta el latigazo. Él sabe esto y lo disfruta. Se crece ante el castigo.

Buscando aliviar las heridas de esa batalla, este flamante ciudadano llega a la cantina preferida. Descansa los atribulados pies, hace un *check-in* para afirmar su presencia, su vano lugar en el mundo, toma un par de cervezas con el fin de aliviar la ironía y sigue, como siempre, su ruta en medio de carros y peatones, escuchando la voz de la metrópoli pérfida y adorada. Colecciona esquinas y atesora viejas anécdotas de añosas calles y edificios. Si bien su recorrido puede ser virtual, su caminata siempre habrá de converger en una arteria real, pues su naturaleza mutante, electro mestiza, reclama la necesidad de enclavarse en la banquetta, paso a paso, para seguir asombrándose ante la vieja selva de asfalto, chapopote, perpetuas obras y esmog.

Esta nueva estirpe se caracteriza a la vista por usar audífonos y analizar con asombro y detenimiento un edificio ignorado por la masa, es el mismo individuo que se afianza como independiente de la horda cotidiana y busca con ese movimiento la manera de hacer suyo el pavimento sobre el cual se mueve. Orondo, registra todo con los píxeles de su novísima cámara, toma notas, rememora anécdotas, mira en todas direcciones y sigue su camino. En concusión, el peatonauta es ese personaje que, en breves y atropelladas líneas, se acaba de presentar. ■■■